

LA SAGRADA ESCRITURA EN LA CATEQUESIS

Tema 2:

CRISTO, CENTRO Y PLENITUD DE LA OBRA DE LA SALVACIÓN Y DE LA REVELACIÓN

CRISTO, LA CLAVE DE TODA LA ESCRITURA

RECAPITULACIÓN

El primer día lo dedicamos a explicar fundamentalmente dos asuntos: el primero, el puesto que la Sagrada Escritura tiene en la catequesis; el segundo, que la Biblia es una unidad y no se puede comprender sino en la unidad que forman sus diversos libros, sin ver en los diversos libros la única Sagrada Escritura.

Es necesario atender diligentemente «al contenido y la unidad de toda la Sagrada Escritura»¹.

Repasemos lo que dijimos sobre ambos asuntos:

PRIMERO: EL PUESTO DE LA SAGRADA ESCRITURA EN LA CATEQUESIS. Para entender dicho puesto hay que poner en relación tres realidades: la Biblia, la Fe apostólica y la Iglesia.

Estas eran las conclusiones:

1. El fin de la catequesis es la comunión con el Dios Trino.
2. Este fin se consigue con la fe y con la celebración de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía).
3. La Iglesia debe desarrollar tres acciones para que un hombre pueda dar fe y celebrar los sacramentos. Y esas tres acciones son básicamente:
 - la **hospitalidad cristiana**,

¹ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 12

ESCUELA DE CATEQUISTAS

- **la enseñanza de la verdad** (aquí es donde se concentra el trabajo de la catequesis)
 - **y la acción litúrgica.**
4. De entre estas tres acciones, lo propio de la catequesis es enseñar la verdad, mostrar la verdad para desarrollar y educar la fe (Cf. Conclusión 2).
 5. Desarrolla y educa la fe con dos elementos que van siempre juntos y entrelazados de forma indivisible: la Escritura y la exposición de la fe apostólica por otro. Es decir, mostrando los hechos de la Historia de la Salvación donde Dios se ha revelado al hombre (esto es la Escritura) e iluminando esos hechos con la fe apostólica que ha quedado plasmada en el Credo, que se ha explicitado y se ha ido aclarando progresivamente en las declaraciones dogmáticas, que se explica en el Catecismo. «Los cristianos entienden el significado de la Escritura, según el pensamiento de los Apóstoles»².
 6. Así afirmamos que Escritura y Fe Apostólica (Símbolo, dogmas, Catecismo) son dos realidades inseparables y constituyen «la materia prima» fundamental de la catequesis.
 7. Nos preguntamos después cuál es el ámbito o el espacio natural de la catequesis. Ese espacio es la Iglesia, donde Cristo vive, donde vive la Escritura como Palabra viva que habla al hombre y donde vive la fe apostólica, como respuesta de la Iglesia a Dios. La Iglesia es el «espacio» humano del diálogo entre la revelación de Dios y la fe del hombre.
 8. Todo esto nos sirve para comprender el papel que tiene la Escritura en la Catequesis y para entender su relación con la exposición de la Fe Apostólica y con la Iglesia:
 - **La Escritura** nos refiere la obra que Dios ha realizado en la historia para salvarnos y que es irrepetible.
 - **La Fe Apostólica** (o Sagrada Tradición): que se expresa en el Credo, los dogmas, el Catecismo... y que nos da una verdadera inteligencia de esos hechos referidos en la Escritura.
 - **La Iglesia** es el ámbito humano donde la Escritura es Palabra viva, no mera historia pasada; donde la fe es respuesta también viva, donde los hombres pueden acoger esa Palabra viva y dar fe a Dios uniéndose a la fe de los Apóstoles.

SEGUNDO: LA UNIDAD SUSTANCIAL DE LA BIBLIA

La Biblia es una unidad. Y este dato hay que tenerlo siempre en cuenta. La afirmación de la unidad de la Escritura viene a responder a una pregunta que muchas veces encontramos en

² ORÍGENES, *De Principiis*, XI, 11,3

el ambiente. Una pregunta que podríamos formular así: ¿En la catequesis debemos usar tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento o solamente el Nuevo Testamento? ¿No es cierto que el Antiguo Testamento ha quedado superado por el Nuevo y que, por tanto, basta que nos centremos en este?

La tentación de separar ambos testamentos no es nueva. De formas distintas se ha planteado muchas veces a lo largo de la historia. En la clase pasada os traje dos de estos intentos: uno, el de los gnósticos y maniqueos, que tuvo lugar en los primeros siglos del cristianismo. Otro, el que llevó a cabo la Reforma luterana, a partir del s. XVI.

— **LOS GNÓSTICOS**, que buscaban esta separación entre el Antiguo y el Nuevo testamento y así el Dios de la Creación del Dios de Jesucristo para poder ofrecer una imagen adaptada de Dios a la mentalidad de su época. **LOS MANIQUEOS**, una secta posterior, también separaban y distinguían: un dios malo creador de la materia y un dios bueno creador del espíritu. La materia es lo que nos ata, el espíritu es lo que nos da libertad. La materia tiene sus normas, sus límites, el espíritu es libre. En lo que a nosotros nos interesa ahora, las conclusiones de los gnósticos y de los maniqueos iban a ser parecidas.

Traje el ejemplo de gnósticos y maniqueos porque los principios que les movían en su intento de separar el Antiguo y el Nuevo Testamento, el Dios de la Creación y el Dios de Jesucristo, está muy en sintonía con el espíritu de nuestra época que tiene la clara pretensión de dejar atrás las leyes de la naturaleza —de la naturaleza de las cosas y de la naturaleza del propio hombre— para guiarse en la vida tan solo por dos principios: nuestra voluntad (lo que queremos hacer) y nuestra técnica (lo que realmente el progreso científico-técnico nos permite hacer).

Ante los diversos intentos de separar el AT y el NT, afirmé que la Biblia misma no permite esta separación. Cuando leemos el Nuevo Testamento con atención, nos damos cuenta de que está construido en continuidad con los libros del Antiguo Testamento.

Vimos el ejemplo de cómo el comienzo del Evangelio de san Mateo, el primer libro de nuestro NT, empieza con las mismas palabras en griego que el primer libro de la versión griega del Antiguo Testamento: **βίβλος γενέσεως** (biblos geneleos), literalmente “Libro de las generaciones”, que entendemos como “libro de los orígenes” (Génesis) cuando nos referimos al libro del AT y como “Escrito de la Genealogía” o sencillamente “Genealogía”, cuando nos referimos al evangelio de san Mateo.

Para mayor abundamiento, vimos que el cuarto Evangelio comienza retomando también las primeras palabras del primer libro del AT pero esta vez no es su versión griega, como el de san Mateo, sino en su versión hebrea. «Es sugestivo [y significativo] que las primeras palabras de san Mateo evoquen el título del primer libro de la Biblia según la versión griega (**βίβλος γενέσεως**), como las primeras de san Juan evocan el hebreo (“en el principio...”, “bereshit...”)³.

³ ISIDRO GOMÁ CIVIT, *El Evangelio según san Mateo I* (Marova. Madrid 1976) 15

Al final, ¿qué debemos decir?: Que el Antiguo y el Nuevo Testamento son tramos del mismo camino, un camino único en la revelación y el conocimiento de Dios. El AT no tiene meta sin el NT, no llega a ninguna parte, no llega a su destino. Mientras que el NT sin el AT no tiene principio, no se puede acceder al último tramo del camino sin andar los tramos anteriores.

— **LA REFORMA LUTERANA**, a partir del s. XVI, llevó a cabo una separación de Antiguo y Nuevo Testamento bajo la forma de separación entre “la Ley” y “la Gracia”.

Podríamos resumir esta separación así: El Nuevo Testamento es Evangelio, es Gracia, es don, es Misericordia. Mientras que el AT es Ley y Condenación. Así, el Nuevo Testamento supera y deroga el Antiguo Testamento. El Antiguo y el Nuevo Testamento son contrarios, como contrarios son la Ley y el Evangelio, el mérito y la gracia, la justicia y la misericordia. Así, el Evangelio vendría a significar la abolición de la Ley.

Se dijo también en la reforma protestante: el AT es distinción entre lo sagrado y lo profano, mientras que en el NT esa distinción se ha anulado, ya que Jesús, un hombre que no es sacerdote, que no está dentro del ámbito de lo sagrado, es la manifestación de Dios. A partir de él el culto ya no es lo importante, sino que lo profano, lo meramente humano es lo realmente importante, la salvación está en el mismo hombre, en su vida cotidiana. El culto, la liturgia, no debe aspirar más que a ser una celebración de la vida, de lo que el hombre ya vive. Este planteamiento ha llevado a la desacralización del culto, de la liturgia, a la pérdida de los signos que hacían presente lo divino.

Sin embargo, un análisis de la Escritura no resiste estas separaciones y contraposiciones entre Ley y Gracia, entre culto sagrado y vida profana, entre AT y NT.

Es cierto que Cristo supera la separación entre lo sagrado y lo profano, lo humano y lo divino, pero no anulando o diluyendo lo divino, sino haciéndolo plenamente presente y trayéndolo al fondo de nuestra vida, para santificarnos y consagrarnos a nosotros, elevándonos hasta una esfera divina que antes nos era del todo desconocida. Cristo supera toda separación, pero no anulando lo uno o lo otro, sino reconciliando al hombre con Dios.

TERCERO: CONCLUSIÓN

En nuestra asignatura partiremos de este dato fundamental: la Escritura, la Biblia, es una unidad, que refleja la Unidad del Dios Trino, de su único designio salvífico, de la única obra de la Salvación humana, que abarca desde la Creación hasta la Parusía y que tiene como centro la Encarnación de su Hijo. Toda la unidad de la Escritura tiene un centro, un punto donde converge toda ella: Jesucristo.

Hoy llegaremos a este punto fundamental que es el que da verdadera cohesión a toda la Escritura. Tenemos que avanzar ahora en la comprensión de la unidad de la Biblia y en cómo Jesucristo es la clave de comprensión que permite, en último término, reconocer su unidad.

**CRISTO, CENTRO Y PLENITUD
DE LA OBRA DE LA SALVACIÓN Y DE LA REVELACIÓN**

CRISTO, LA CLAVE DE TODA LA ESCRITURA

1. UNIDAD DE LOS TEXTOS DIVERSOS QUE REMITE A UN AUTOR QUE ESTÁ POR ENCIMA DE LOS AUTORES HUMANOS.

Hemos reconocido la unidad de la Escritura. Es verdad que, al acercarnos, vemos que la Escritura es un conjunto de libros distintos. De hecho, la palabra Biblia es un plural de la palabra originaria griega (βιβλίον – *biblíon* en singular; Βιβλία – *biblíā* en plural). Pero un conjunto que ha venido a designar una unidad indivisible.

Son libros que se han escrito en tiempos muy diversos. El arco de tiempo en el que se han compuesto los diversos libros de la Escritura abarca muchos siglos. En la composición de sus libros han intervenido muchos autores humanos y las formas que usan para escribir son también muy diversas (poesía, narración, diálogos, cartas, exhortaciones...).

Sin embargo, más allá de esta gran pluralidad (libros, épocas, autores, situaciones, formas...), observamos una unidad de fondo: los textos más nuevos de la Escritura toman el camino trazado por los más antiguos. Un poco antes hemos recordado cómo los evangelios de san Mateo y san Juan comienzan sus relatos poniéndose en relación directa con las primeras palabras del libro del Génesis. Ejemplos como este se podrían multiplicar casi hasta el infinito.

Y no solo es que los libros del NT tengan en cuenta los libros del AT. En el mismo AT vemos que unos textos retoman otros anteriores en una línea de progreso. Este progreso está marcado por el avance histórico de la revelación de Dios, que camina hacia su plenitud. Y la plenitud de la revelación de Dios en la historia es su Hijo, hecho hombre, muerto y resucitado. Insisto, el progreso de este camino puede observarse en los textos mismos y en la labor de los distintos autores humanos. Con palabras de Benedicto XVI, es posible

«observar las líneas de desarrollo, el crecimiento de las tradiciones y percibir de ese modo, más allá de cada uno de los libros, el proceso hacia la única Escritura [...]. La exégesis moderna ha mostrado que las palabras transmitidas en la Biblia se convierten en Escritura a través de un proceso de relecturas cada vez más nuevas: los textos antiguos se retoman en una situación nueva, leídos y entendidos de manera nueva. En la relectura, en la lectura progresiva, mediante correcciones, profundizaciones y ampliaciones tácitas, la formación de la Escritura se configura como un proceso de la palabra que abre poco a poco sus potencialidades interiores, que de

algún modo estaban ya como semillas y que solo se abren ante el desafío de situaciones nuevas, nuevas experiencias y nuevos sufrimientos»⁴.

Por tanto, a pesar de su variedad, de los autores humanos distintos, de las épocas cambiantes en los que se han ido escribiendo, de las diferentes situaciones a las que responden y de los muchos géneros literarios que usa, podemos reconocer en los mismos textos de la Biblia una asombrosa unidad de fondo, como la unidad de un único camino, con distintos tramos, pero uno, con un punto de partida y otro de llegada, un destino.

La unidad de fondo de los diversos textos es tan grande que nos remite a un autor que está por encima de cada uno de los autores humanos, de sus estilos, de sus formas y de sus circunstancias diversas. Dicha unidad de fondo nos remite a Dios como autor último de las Escrituras, como el que, en último término, las inspira.

Que Dios sea el autor último de la Escritura, que ella esté inspirada por Dios, es un dato de fe, pero que se atisba, que se barrunta, que se vislumbra, que se intuye, en esta sorprendente unidad y progreso que un lector atento puede observar en medio de textos tan distintos.

2. LA UNIDAD DE LA ESCRITURA, UN DATO DE FE

Pero, sobre todo, es la fe en Dios, en la unidad de su ser (Un único Dios que es Uno y Trino) en la unidad de su designio salvífico (que desde antes de la creación tiene un plan sobre el hombre), en la unidad de la obra que lleva a cabo (desde la creación hasta la parusía), la que nos hace entender y nos asegura la unidad de la Escritura.

Es la fe la que nos prepara para poder oír en toda la Escritura la única Palabra que Dios ha dado al hombre y que es su Hijo. De la Iglesia recibimos la Escritura, pero recibimos antes la fe, que nos permite escuchar en la Escritura, por medio de muchas palabras humanas, la única Palabra de Dios.

Nuestra fe nos da la certeza de **UN DIOS ÚNICO**, no de varios dioses, no puede, por tanto, haber revelaciones contradictorias, el Dios del AT no puede estar en contra del Dios del NT, ni el de Moisés puede ser otro que el de Isaías.

Nuestra fe nos da la certeza de que Dios tiene **UN ÚNICO DESIGNIO SALVÍFICO** para el hombre. Antes de crear ya tiene un único designio: crear un ser libre, el hombre, capaz de amor, para hacerle partícipe de su vida divina, que es el amor entre las Personas de la Trinidad. Conforme a ese plan crea; conforme a ese plan conduce al hombre, caído desde Adán; conforme a ese plan llama a Abraham y elige un pueblo y lo guía a lo largo de la Historia; conforme a ese plan envía a su Hijo Único; conforme a ese plan lo resucita de la muerte; conforme a ese plan dirige a la Iglesia con el Espíritu Santo; conforme a ese plan llevará a término su obra cuando su Hijo vuelva glorioso, cuando la historia llegue a su fin.

⁴ JOSEPH RATZINGER, *Jesús de Nazaret* (La Esfera de los Libros, Madrid 2007), 13. 15

La Escritura en la catequesis

Nuestra fe nos da la certeza de que Dios a lo largo de la historia, con hechos y palabras, íntimamente vinculados, se nos ha revelado y nos ha mostrado su plan, su designio salvífico y nos ha llamado a la amistad con él y a la fe. Esto es lo que llamamos la revelación de Dios, **UNA ÚNICA REVELACIÓN**. La Escritura es el testimonio escrito de esta revelación, pero no un testimonio meramente humano, sino un testimonio inspirado por el Espíritu Santo, por lo que «hay que confesar que los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación. Así, pues, "toda la Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y equipado para toda obra buena" (2 Tim, 3,16-17)» (DV 11).

3. CRISTO, EL CENTRO Y LA PLENITUD DE LA OBRA SALVÍFICA Y DE LA REVELACIÓN DE DIOS.

Ahora, la acción salvífica de Dios tiene un centro: su Hijo, que se hace hombre para salvar al hombre: el acontecer del Hijo eterno en la historia humana, su encarnación, su vida, su muerte, su resurrección, la donación de su Espíritu. San Pablo lo expresa con estas palabras: **«Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Gal 4,4-5).**

Y, si Cristo es el centro de la acción salvífica de Dios, lo es también de su revelación, porque Dios se revela a sí mismo en su obra salvífica. Cristo es la Palabra de Dios: la Palabra por medio de la cual creó el mundo, la palabra por la que llamó a Abraham e instruyó a Moisés y al resto de los profetas, la Palabra que en la plenitud de los tiempos se hizo hombre y asumió al hombre y lo desposó consigo para siempre. Con el acontecimiento de Cristo —que incluye tanto la Efusión del Espíritu Santo sobre los Apóstoles como a los Apóstoles mismos y su vida— se culmina la revelación de Dios. Con esto queremos decir lo que afirma el autor de la *Carta a los Hebreos*: **«En diversos momentos y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos días nos ha hablado por medio de su Hijo» (Hb 1,1-2).**

Hemos dicho que Cristo es el centro de la revelación. Podemos añadir, después de leer las citas de Gal 4,4 y de Hb 1,1-2, otra expresión: Cristo es la plenitud de la Revelación. Con Cristo, Dios nos ha dicho todo lo que tenía que decirnos, nos lo ha dado todo, se “ha vaciado” —si pudiese vaciarse Aquel que es un océano infinito—.

San Juan de la Cruz explica así la afirmación de la Carta a los Hebreos que acabamos de leer, es decir, que Cristo es la plenitud de la revelación:

Es como si dijera: Lo que antiguamente habló Dios en los profetas a nuestros padres de muchos modos y de muchas maneras, ahora a la postre, en estos días nos lo ha hablado en el

Hijo todo de una vez. En lo cual da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en él todo⁵.

Y el Concilio Vaticano II se expresa así al respecto:

Después que Dios habló muchas veces y de muchas maneras por los Profetas, "ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo" (Hb 1,1-2). Pues envió a su Hijo, es decir, al Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para que viviera entre ellos y les manifestara la intimidad de Dios (Cf. Jn 1,1-18). Jesucristo, el Verbo hecho carne, "hombre enviado, a los hombres", "habla palabras de Dios" (Jn 3,34) y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió (Cf. Jn 5,36; 17,4). Por tanto, Jesucristo —ver al cual es ver al Padre (Jn 14,9)—, con su total presencia y manifestación personal, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos; finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con el testimonio divino⁶.

4. INCISO: PALABRA DE DIOS Y ESCRITURA. LA PALABRA DE DIOS SE CONTIENE EN EL DEPÓSITO QUE FORMAN CONJUNTAMENTE LA ESCRITURA Y LA TRADICIÓN

Dios se nos revela y nos salva, por tanto, por su Verbo, su Palabra, que es su Hijo. Aquí hay que hacer una aclaración: No hay que confundir la Palabra de Dios, la Palabra única de Dios que es su Hijo Jesucristo, con la Escritura. La Palabra de Dios es Jesucristo. Toda la Revelación, desde la creación, es revelación de Dios por su Palabra y toda la Escritura es testimonio de ella y, de alguna forma, la contiene. La Palabra de Dios *está contenida y es transmitida* en la **Sagrada Tradición** y en la **Sagrada Escritura**⁷. «La **Sagrada Tradición** y la **Sagrada Escritura** constituyen el depósito único y sagrado de la *Palabra de Dios*, confiado a la *Iglesia*»⁸.

Por lo tanto, no hay que confundir la Palabra de Dios con la Escritura, aunque no podemos conocer la Palabra de Dios sino a través de la Escritura y de la Tradición, entendidas también como un único depósito de la Palabra de Dios.

Y aunque la Palabra de Dios no se agota en la Escritura, sí podemos decir —como de hecho lo hacemos en la liturgia— que la Escritura es Palabra de Dios. De ahí el amor con el que la Iglesia ha tratado siempre la Escritura. Dice, por ejemplo, el Concilio Vaticano II:

«La Iglesia ha venerado siempre la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo del Señor, pues sobre todo en la Sagrada Liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de la vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo. La Iglesia ha

⁵ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida al Monte Carmelo* 2,22, 4

⁶ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 4

⁷ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio General para la Catequesis*, 95

⁸ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 10; JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Catechesi Tradendae* 27

La Escritura en la catequesis

considerado siempre como suprema norma de fe la Escritura unida a la Tradición, puesto que, inspirada por Dios y escrita de una vez para siempre, nos transmite inmutablemente la Palabra del mismo Dios; y en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles hacen resonar la voz del Espíritu Santo.

Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesial, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos para conversar con ellos; y es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y firmeza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura de modo especial estas palabras: “La Palabra de Dios es viva y eficaz” (Hb 2,12), “puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados” (Hch 20,32; 1Tes 2,13)»⁹.

Hecho este inciso, para aclarar que la Palabra de Dios, su Verbo es su Hijo y que la Escritura no es exactamente lo mismo, sigamos adelante.

5. CRISTO: CLAVE DE TODA LA ESCRITURA

De la idea cierta de que Cristo es el centro, el culmen y la plenitud de la Revelación de Dios, se concluye otra idea: **QUE CRISTO ES LA CLAVE QUE NOS PERMITE ENTENDER LA UNIDAD QUE SE ATISBA EN TODA LA ESCRITURA.**

Cristo es la clave de toda la Escritura. Expliquemos esto con dos imágenes. Una ya la hemos usado, la imagen del camino; otra es la imagen de “clave de bóveda”.

- A) Se podría comparar el proceso histórico de la revelación con un camino. Un camino en el que poco a poco Dios se ha ido revelando al hombre y el hombre ha ido respondiendo. Cada paso de este camino permite el paso siguiente. La revelación de Dios a Abraham y la respuesta de fe del mismo Abraham permite el paso siguiente en este camino, que será Isaac y la historia que Dios hará con él. No es posible entender el progreso de todo el camino, el progreso de la revelación, sin tomar en cuenta cada uno de los pasos que lo han trazado. Con palabras de Ratzinger: «La Escritura ha crecido de manera histórica. Solo quien conoce su historia comprende su sentido. La historia es un elemento estructural de su forma significativa»¹⁰.

Este camino es un diálogo progresivo, cada acto y cada palabra de Dios, acogida y respondida con la fe, permite y hace posible seguir adelante en la revelación. De tal forma que no habríamos llegado a la palabra definitiva de Dios: su Hijo hecho hombre, sin todas las palabras anteriores. La revelación definitiva de Dios en Cristo

⁹ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, 21

¹⁰ J. RATZINGER, *La Teología de la Historia de san Buenaventura* (Encuentro, Madrid 2004) 141.

supone todos y cada uno de los pasos previos: su revelación y el sí de Abraham, la obediencia de Moisés o de David, de Isaías, etc. Así hasta llegar a María: su fe, su sí, hace posible la encarnación del Verbo.

Ahora bien, cada uno de los pasos de este camino quedaría en el aire, como un camino que termina en medio del desierto, como un camino abierto en el mar que de repente se corta, si no hubiese sido culminado por Cristo, como su tramo último y definitivo. Solo a partir de él cobran sentido los otros tramos del camino. Unas misteriosas palabras de Jesús en el evangelio de san Juan dan el sentido de lo que estamos diciendo. Les dice Jesús a los judíos: «**Abraham vio mi día, lo vio y se alegró**» (Jn 8,56). El principio del camino solo se alegra si puede ver el final. La revelación a Abraham y su fe miraban a Jesucristo y en él encuentran su plenitud.

B) Vayamos al otro ejemplo, que os voy a explicar con algunas imágenes: el puesto del Verbo encarnado en el conjunto de la Escritura se podría comparar con el de la clave de un arco o de una bóveda.

¿Qué es una clave de arco o de bóveda?

La clave es la *dovela* central de un arco o una bóveda (Imágenes 1 y 2).

La clave, al igual que las dovelas, se sustenta debido a la forma de estas piezas, pues sus caras laterales, cortadas en ángulo, transmiten lateralmente parte de las tensiones, equilibrándolo, y evitando que se desplomen bajo una carga vertical (Imágenes 3 y 4).

La última pieza que se coloca en la construcción de un arco es la clave. Hasta que esta no se encuentra colocada en su lugar es necesario apelear (sostener) las dovelas del arco. Para ello se utiliza una cimbra, una estructura de madera, o de metal, con forma de arco, que sustenta las dovelas, y solo se retira una vez completado el arco, al colocarse la clave (Imagen 5).

El conjunto de las diversas piedras que componen el arco o la bóveda tienen su centro de equilibrio en la piedra clave. De alguna forma, toda la armonía, la altura que alcanza el conjunto, la belleza y la utilidad (Imágenes 6 y 7), dependen de esta piedra clave (Imágenes 8 y 9).

Así es Cristo con respecto a la Escritura. Solo él nos da la capacidad de comprender la Escritura en su belleza, en su orden, en su armonía y en la altura que alcanza hasta introducirnos en la vida de Dios.

Ahora imaginemos que nos encontramos con un arco o una bóveda derruidos. Imaginemos sus piedras por el suelo, desordenadas. Alguien puede acercarse a ellas y estudiarlas una por una, comprender las características de cada una, su peso, su forma, su belleza propia. Pero solo comprenderá su verdadero ser y su verdadera belleza si reconstruye el conjunto. Para eso tendrá que buscar la piedra clave.

Muchas veces con la Escritura nos pasa eso. Nos acercamos a un determinado pasaje del Antiguo o del Nuevo Testamento y consideramos su forma y su contenido. Pero

hasta que no lo referimos al conjunto y ponemos en su lugar la piedra clave, que es Cristo, no podremos entender ese pasaje realmente en su sentido total. San Pablo expresaba esta verdad, que los judíos no podían comprender a fondo las Escrituras porque les faltaba la fe en Cristo, diciendo que, al igual que Moisés se cubría la cara con un velo, los judíos cuando miran el Antiguo Testamento lo miran con este velo, que les impide verlo en su verdad: **«sus inteligencias se embotaron. En efecto, hasta el día de hoy perdura en la lectura del Antiguo Testamento ese mismo velo, sin haberse descorrido, porque sólo en Cristo desaparece. Realmente, hasta hoy, siempre que leen a Moisés, un velo cubre sobre sus corazones; pero cuando se conviertan al Señor, será quitado el velo»** (2 Cor 3,14-16).

Pero pongamos un ejemplo concreto de cómo la lectura cristocéntrica de la Escritura nos da la verdadera imagen de su belleza y la comprensión más acertada de su verdad. Podemos recordar un pasaje que seguramente muchos conocáis, las preciosas palabras del salmo 62:

«Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, / mi alma está sedienta de ti, / mi carne tiene ansia de ti, / como tierra reseca, agostada, sin agua. // [...] Toda mi vida te bendeciré / y alzaré las manos invocándote. / Me saciaré como de enjundia y de manteca, / y mis labios te alabarán jubilosos.// etc»

Bien, uno puede reconocer la belleza intrínseca de estas palabras que fueron pronunciadas y escritas por el salmista en alguna situación determinada y para expresar el propio movimiento de su alma respecto a Dios. Las podemos estudiar así e intentar seguir la pista para ver quién fue en concreto quien las escribió y cuáles eran las circunstancias vitales por las que pasaba y entender qué quiso decir realmente. Y comprender también su hermosura y su verdad. Pero esto no pasaría de estudiar una piedra, una sola piedra de la gran bóveda, aislada, en el suelo. En cambio, si la referimos a la piedra clave, si la referimos a Cristo, podremos comprender que en estas palabras resuenan las palabras de Cristo, podemos entender que Cristo las hace suyas en el momento de la resurrección, que en ese momento que trasciende el tiempo Cristo eleva con ellas su voz al Padre, desde el sepulcro con su cuerpo y desde el Seol con su alma. Entonces las palabras adquieren toda su grandeza y no son solo las palabras que fueron pronunciadas por alguien hace muchos años, son las palabras eternas de Cristo y nosotros las hacemos nuestras al celebrar su resurrección, por eso las rezamos en las laudes del Domingo de Pascua y luego en el I Domingo del Salterio. Y nos unimos a Cristo al pronunciarlas como un adelanto de nuestra propia resurrección.

En los escritos del Nuevo Testamento encontramos muchos ejemplos de cómo sus autores entienden que Cristo es la clave de comprensión de los escritos antiguos. Y los Padres de la Iglesia han expresado esta misma idea de formas diversas:

Así, san Agustín afirma que Dios es el autor de las Antiguas Escrituras, pero añade: «Sí, de Dios son aquellas Escrituras, pero no saben a nada si no se ve en ellas a Cristo»¹¹.

Y san Ireneo dice también que solo es posible comprender las Escrituras si antes se cree en Cristo: «los otros pasajes —dice en cierta ocasión hablando de la Escritura— los interpretarás a condición de que creas en Cristo y le pidas a Dios sabiduría e inteligencia para comprender cuanto fue dicho por los profetas»¹².

Y san Jerónimo: «Yo, cuando leo el Evangelio y descubro allí el testimonio de la ley y los profetas pongo mi atención solamente en Cristo: veo a Moisés y veo a los profetas, de manera que los comprendo tanto en cuanto hablan de Cristo [...] Si luce el sol, la luz de la lámpara no se percibe: de este mismo modo, estando Cristo presente, no se percibe a su lado la ley y los profetas. No pretendo minusvalorar la ley y los profetas, al contrario, hago de ellos una alabanza, porque anunciaron a Cristo, pero yo leo la ley y los profetas, no para quedarme con ellos, sino para, a través de ellos, llegar a Cristo»¹³.

6. TODA LA ESCRITURA HABLA DE CRISTO

Pero no solo es que Cristo sea clave de comprensión. HAY MÁS: en toda la Escritura, el que se muestra es el mismo Cristo. Es su rostro el que se dibuja en realidad en todas ellas. Desde el principio hasta el fin, las Escrituras hablan de Él.

«**Vosotros no habéis oído nunca su voz [la voz de Dios] ni habéis visto su rostro; ni permanece su palabra en vosotros, porque no creéis en éste a quien Él envió. Examinad las Escrituras, ya que vosotros pensáis encontrar en ellas la vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí**» (Jn 5,37-39). Ellas hablan de mí.

Esta es otra certeza que desde siempre animó el estudio de la Escritura en los Padres de la Iglesia y en adelante. La certeza de que en la Escritura, en cada pasaje, el que nos sale al encuentro es siempre el mismo Cristo. Las palabras de san Jerónimo que hemos leído antes ya hablaban de eso. Y por eso fue él quien afirmó que quien desconoce las Escrituras desconoce a Cristo.

«Toda la divina Escritura constituye un único libro, y este único libro es Cristo, porque toda la Escritura habla de Cristo y tiene en él su cumplimiento», decía Hugo de san Víctor¹⁴.

Y un teólogo moderno, muy importante, Hans Urs von Balthasar decía: «No cabe oír una sola palabra de Dios sin oír al Hijo, que es la Palabra, y tampoco cabe trastear los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento con la intención de encontrar algunas verdades, si no se está

¹¹ SAN AGUSTÍN, *Tratados sobre el Evangelio de san Juan* 9,6.

¹² SAN IRENEO, *Demostración de la predicación Apostólica*, 52

¹³ SAN JERÓNIMO, *Homilías sobre el Evangelio de san Marcos* VI

¹⁴ En: BENEDICTO XVI, Catequesis del 24 de septiembre de 2008

dispuesto a aceptar el encuentro inmediato con Él, con la Palabra soberana, libre, personal, que nos interpela»¹⁵.

Si es el rostro de Cristo el que se nos muestra en ellas, entonces debemos esforzarnos por conocerlas: «Debemos conocer las mismas venas y la carne misma de las Escrituras, de modo que una vez hayamos entendido lo que hay escrito, podamos después ver su sentido»¹⁶.

Si es el rostro de Cristo el que las Escrituras nos muestran, entonces debemos rodearlas de veneración, una veneración que se muestra sobre todo en la escucha atenta:

Quando recibís el cuerpo del Señor, lo conserváis con toda cautela y veneración, para que no caiga la más mínima parte de él, para que no se pierda nada del don consagrado. Os consideráis culpables, y con razón, si cae algo por negligencia. Pues si tenemos tanta cautela para conservar su cuerpo, y la tenemos con razón, ¿por qué creéis que despreciar la palabra de Dios es menor sacrilegio que despreciar su cuerpo¹⁷.

FINAL

Lo que hemos dicho hasta aquí ha sido una especie de introducción: la exposición del puesto de la Escritura en la catequesis y de algunos principios necesarios para su interpretación y su uso.

A partir de aquí vamos a hacer un estudio algo más práctico de estos principios. Vamos a estudiar cómo en la Escritura se comprenden el sacerdocio y el sacrificio, el ministerio profético y el mesianismo real, para ver cómo van a confluir en Jesucristo, permitiéndonos una mejor comprensión de su misión. Al tiempo, espero que este estudio nos dé un mayor conocimiento de la Escritura y, más que esto, nos enseñe cómo podemos acercarnos a ella e interpretarla de una forma recta, como una unidad que tiene su centro de comprensión en el acontecimiento de Cristo y donde él nos sale siempre al encuentro.

¹⁵ HANS URS VON BALTHASAR, *La Oración Contemplativa* (Encuentro, Madrid 1985) 13.

¹⁶ SAN JERÓNIMO, *Homilías sobre el Evangelio de san Marcos*, IV, 8, 1-9

¹⁷ ORÍGENES, *Homilías sobre el Éxodo XIII* (Biblioteca Patrística 17, Madrid 1992), 216